

Verano/12

ESPERMA

(Por Guillermo Saccomanno) —En la 27 están alojados los fabricantes de un pequeño cachalote hembra y su desagradable ejemplar —dice el Bebe, el portero de noche de *La Tonina Blanca*, interrumpiendo su enésima relectura de *Moby Dick*. Mira un casillero en el palomar de llaves junto al mostrador en semipenumbra de la conserjería. Y el 27, en el I Ching, son las comisuras de la boca. El alimento. Y el cultivo del carácter.

Son casi las cuatro. Y hasta el hall se arrastra el eco del mar entrecortado por el retumbe de una disco.

—El matrimonio cayó al hotel por intermedio de un sindicato —empieza a contar el Bebe—. Un tipo alto, encorvado y sigiloso, con aspecto de cagatinta. Una petisa estrábica, regordeta y chueca, que alardea de cosmetóloga. Y su retoño, Jacqueline, una obesita de nueve años que desborda cualquier silla. Y cuando camina, como herniada, uno ve que no tiene ni cuello ni cintura ni tobillos, la pobre.

Desde que pasó de la ginebra al *earl grey*, una de las tribulaciones del Bebe es la coincidencia de cada habitación del hotel con un hexagrama del I Ching. Y los huéspedes, de alguna manera, se las ingenian para que sus vidas encajen con la suerte que les fue asignada.

—Apenas llegaron —sigue el Bebe— ella se quejó de que no los hubieran anotado con doble apellido. *Méndez, no*, dijo. *Méndez Robledo*, recalcó con ínfulas de monegasca. Por las mucamas supe cómo trata a la nena cuando se pone más pesada de lo que es. *Mirá Jaqueline* —la amenaza—, *si seguís con tus caprichos te voy a chupar con la aspiradora y voy a vaciar la bolsa en el inodoro*. Y esto es una dosis homeopática del tratamiento que le da al marido en el restaurante. El le pasa a Jacqueline la mitad de sus ravioles, la mitad de su milanesa. *La vas a hacer reventar, pelotudo*, le dice la mujer. *Estamos de vacaciones, mi amor*, le dice él. *Sos un hijo de puta*, le dice ella. *Es que el aire de mar le despierta el apetito a cualquiera*, justifica él. Y le pasa sus fritas a caballo a Jacqueline. *Por qué me casé con un gil*, se pregunta ella. Y él sonríe: *Por favor, querida. La gente escucha*. Y ella: *Me limpio con la gente*. Y mira desafiante a los costados mientras Jacqueline se embucha un flan mixto. Una de estas madrugadas atendí un llamado de Buenos Aires. Era la madre del tipo. No quería que le pasara la llamada al cuarto. Quería hablar con el dueño del hotel. Porque todas las tardes, desde una cabina telefónica de la Villa, el hijo la llamaba llorando. Su nuera estaba insoportable, me dijo la vieja, porque el cuarto no tenía vista al mar. La vieja me rogó que su llamado quedara en secreto. Y al día siguiente cambiamos al matrimonio de cuarto pensando que así cambiaría el humor de la mina. Pero no. Se avivó que el marido había hablado con su madre. *Castrado*, le gritó. *Eso es lo que sos, un castrado*. El agarró a la nena de una mano. *Vení, Jacquie*, le dijo. *Dónde mierda la llevás*, chilló la mujer. *A comer un conito de dulce de leche y a los pacman*, le contestó él. Anoche, de madrugada, Jacqueline bajó a la recepción. *Tengo mucha hambre*, me dijo. Le expliqué que la cocina estaba cerrada. Todo lo que podía ofrecerle era una gaseosa. *Una Fanta naranja*, me dijo. Se la traje. Y la tomó de un sorbo. Después, eructó. Y me pasó el envase vacío. *Se dice gracias*, le dije. Y volvió a eructar. Y antes de perderse en las entrañas del hotel y la noche, se dio vuelta para mirarme con sus ojos de aguamarina. Y lo que vi en su mirada era intimidante. Soy de estómago fuerte. Pero la mirada de Jacqueline era más fuerte.

Más tarde, el Bebe quiso concentrarse en ese capítulo en que Melville describe el Tonel de Heidelberg, que es donde la ballena atesora el esperma. Pero no lo logró. Por primera vez en muchos meses, el Bebe necesitaba desesperado una ginebra. Y sentía terror.


T
C
POCO

TRES CUENTOS POCO ELEGANTES

Por Norman Mailer

En el prefacio a sus cuentos escogidos, el siempre ambicioso Norman Mailer se disculpó con un ''se ha comentado que las narraciones cortas de este autor no son ni espléndidas, ni inolvidables, ni elegantes, y desde aquí yo me apresuro a mostrarme de acuerdo''. Afirmación que sólo puede permitirse, claro, aquel que está seguro de todo lo contrario mientras persigue, una y otra vez, el espectro de la Gran Novela Americana.



EL CUADERNITO

El escritor discutía con su novia. Se dirigían a la casa de ella y, a medida que avanzaba la discusión, caminaban cada vez más separados.

Era evidente que la mujer llevaba la voz cantante. Hablaba con vehemencia, volviendo la cabeza y los hombros hacia él, para dar más énfasis a sus palabras, y luego erguía el cuerpo taconeando con un ritmo regular que denotaba viva irritación.

El escritor lo sobrellevaba con bastante dignidad. Andaba en línea recta, mirando al vacío, con gesto de tristeza. De tanto en tanto, sonreía con gesto amargo y asentía a cada una de las palabras que ella pronunciaba.

—Estoy cansada y harta de ti —decía la mujer—. Cansada y harta de tus aires de superioridad. ¿Se puede saber con qué derecho te sientes tan superior?

—Con ningún derecho —respondió el escritor con voz bajísima y tono muy dulce, como si su respuesta hubiera sido: ''Con el derecho que me otorga mi santidad''.

—¿Alguna vez me has dado algo? —preguntó la mujer, y ella misma se contestó—: Por no dar, no das ni la hora. Eres el hombre más frío que he conocido.

—Oh, eso no es cierto —apuntó el escritor, con suavidad.

—¿Que no? Todos te encuentran tan simpático y cordial. ¡Todos, menos los que te conocen! Quien te conoce sabe lo que eres.

En realidad, esas palabras no le dejaban indiferente. Al escritor le gusta mucho aquella mujer y no quería verla sufrir. Si dedicaba cierta atención y observaba el modo que ella tenía de construir las frases, haciendo que la última palabra de cada una de ellas diera impulso a la siguiente, no se le escapaba nada de lo que decía.

—¿Estás segura de que eres absolutamente justa? —preguntó él.

—Por fin he visto claro en ti —replicó ella, con aspereza—. Tú no quieres enamorarte. Tú sólo quieres decir las cosas que la gente espera que digas y observar los sentimientos que se supone has de sentir.

—Yo te quiero. Ya sé que tú no me crees... —adujo el escritor.

—Eres una momia. No eres más que... una momia egipcia.

El escritor pensaba que, cuando ella se enfadaba, utilizaba unos símiles muy poco originales.

—De acuerdo —murmuró—. Soy una momia.

Se pararon a esperar que cambiara el semáforo. El estaba de pie en el bordillo con una sonrisa tan triste y un gesto de resignación tan absoluto, paciente y total, que la mujer ahogó un grito y salió disparada con sus zapatos de tacón alto. El escritor tuvo que dar unos pasos apresurados para alcanzarla.

—Has cambiado —prosiguió ella—. Ya no te importo nada. Si alguna vez sentiste algo, ya no. Cuando me miras, es como si no me vieras. Para ti no existo.

—Ya sabes que sí.

—Ahora mismo te gustaría estar en otro sitio. Cuando me pongo antipática no te gusto nada. Te parezco ordinaria. Pues muy bien, soy ordinaria, soy muy ordinaria para tus refinados sentidos. ¿No es una lástima? ¿Te has creído que el mundo empieza y termina en ti?

—No.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué estás tan enfadada? ¿Es porque te parece que esta noche no te he prestado la debida atención? Pues lo siento, no me di cuenta. Yo te quiero.

—Oh, tú me quieres. Claro que me quieres —dijo la mujer, con tanto sarcasmo en la voz que parecía que iba a echarse a llorar—. Tal vez me gustara creerlo, pero ya no me hago ilusiones. —La figura de ella se inclinaba hacia él mientras caminaban—. Te diré una cosa —prosiguió con amargura—: tú haces más daño a la gente que el más cruel de los seres de este mundo. ¿Y sabes por qué? Voy a decírtelo. Porque no sientes nada y finges que sientes. —Se daba cuenta de que él no la escuchaba y le preguntó, frenética—: ¿En qué estás pensado ahora?

—En nada. Te escucho y me duele que estés tan disgustada.

Lo cierto era que el escritor estaba violento. Acababa de ocurrírsele una idea y quería anotarla cuanto antes en el cuadernito, porque sabía que si no sacaba del bolsillo del chaleco el cuadernito y la escribía, lo más seguro era que se le olvidase. Probó a repetir mentalmente la idea varias veces, para grabarla en la memoria; pero el sistema no le ofrecía muchas garantías.

—Estoy disgustada —decía la mujer—. Claro que lo estoy. Sólo una momia no se disgusta. Sólo una momia puede ser siempre razonable y educada. Porque las momias carecen de sentimientos. —Si no estuvieran andando tan de prisa, habría dado una patada en el suelo—. ¿En qué piensas?

—No tiene importancia —contestó él.

Pensaba que si sacaba del bolsillo el cuadernito y lo sostenía en la palma de la mano, quizá pudiera escribir mientras andaban. A lo mejor, ella ni se daba cuenta.

Pero resultaba muy difícil. Tuvo que pararse debajo de un farol. Movía rápidamente el lápiz, con nerviosa caligrafía elíptica, sintiendo a su lado la presión de la presencia de ella. *Clima emotivo enrarecido por cuadernito*, escribió. *Joven escritor, novia. Escritor acusado de ser espectador, no actor de la vida. Concibe idea que tiene que anotar. Lo hace así y con ello provoca la ruptura. Ella termina sus relaciones.*

—Acabas de tener una idea —murmuró la joven.

—Mmmm —respondió él.

—Ese cuadernito. Sabía que sacarías el cuadernito. —Ella se echó a llorar—. Tú no eres más que un cuaderno —gritó.

Y se alejó corriendo calle abajo, acompañada del alegre repiqueteo de sus tacones, que era como una burla de su pena.

—No, espera —gritó él—. Espera. Te lo explicaré.

Se le ocurrió al escritor que, si llegaba a hacer la viñeta, podría modificar el matiz. Quizá la gracia estuviera en que él sacara el cuadernito porque comprendía que ésta sería la mejor forma de terminar aquellas relaciones. Una idea sugestiva.

De repente, se le ocurrió también que quizá fuera esto precisamente lo que había hecho. ¿Deseaba terminar con su novia? Lo meditó, ufanándose de que no ocultase a sí mismo motivo alguno, por desagradable que fuera.

En cierto modo, esto no parecía verdad. A él le gustaba aquella mujer, le gustaba mucho y no quería que sus relaciones acabaran todavía. Con cierta sorpresa, advirtió que ella estaba ya casi a un bloque de distancia.

—No, espera —gritó—. Te lo explicaré, te prometo que te lo voy a explicar.

Y, al correr, el cuadernito le golpeaba suavemente el pecho, cachorrillo juguetón, siempre fiel y afectuoso.

ESO

Estábamos atravesando la alambrada, cuando empezó a disparar una ametralladora. Seguí andando hasta que vi mi cabeza en el suelo.

—Dios mío, estoy muerto —dijo mi cabeza.

Y mi cuerpo se desplomó.

LA NOVELA MAS CORTA DE TODAS

Al principio, ella pensaba que podría matarlo en tres días.

Casi lo consigue. El corazón del hombre estuvo a punto de sucumbir ante sus cumplidos.

Luego, ella pensó que tardaría tres semanas. Pero él sobrevivió.

Ella revisó entonces sus tablas y calculó tres meses. Al cabo de tres años, él seguía vivo. De modo que se casaron.

De eso hace ya treinta años. La gente habla de ellos con afecto. Se les considera el matrimonio más feliz de la ciudad.

Lo malo es que se les mueren todos los hijos.

Por Norman Mailer

EL CUADERNITO

El escritor discutía con su novia. Se dirigían a la casa de ella y, a medida que avanzaba la discusión, caminaban cada vez más separados. Era evidente que la mujer llevaba la voz cantante. Hablaba con vehemencia, volviendo la cabeza y los hombros hacia él, para dar más énfasis a sus palabras, y luego erguía el cuerpo taconeando con un ritmo regular que denotaba viva irritación.

El escritor lo sobrellevaba con bastante dignidad. Andaba en línea recta, mirando al vacío, con gesto de tristeza. De tanto en tanto, sonreía con gesto amargo y asentía a cada una de las palabras que ella pronunciaba.

—Estoy cansada y harta de ti —decía la mujer—. Cansada y harta de tus aires de superioridad. ¿Se puede saber con qué derecho te sientes tan superior?

—Con ningún derecho —respondió el escritor con voz bajísima y tono muy dulce, como si su respuesta hubiera sido: "Con el derecho que me otorga mi santidad".

—¿Alguna vez me has dado algo? —preguntó la mujer, y ella misma se contestó—: Por no dar, no das ni la hora. Eres el hombre más frío que he conocido.

—Oh, eso no es cierto —apuntó el escritor, con suavidad.

—¿Que no? Todos te encuentran tan simpático y cordial. ¡Todos, menos los que te conocen! Quien te conoce sabe lo que eres.

En realidad, esas palabras no le dejaban indiferente. Al escritor le gusta mucho aquella mujer y no quería verla sufrir. Si dedicaba cierta atención y observaba el modo que ella tenía de construir las frases, haciendo que la última palabra de cada una de ellas diera impulso a la siguiente, no se le escapaba nada de lo que decía.

—¿Estás segura de que eres absolutamente justa? —preguntó él.

—Por fin he visto claro en ti —replicó ella, con aspereza—. Tú no quieres enamorarte. Tú sólo quieres decir las cosas que la gente espera que digas y observar los sentimientos que se supone has de sentir.

—Yo te quiero. Ya sé que tú no me crees... —adujo el escritor.

—Eres una momia. No eres más que... una momia egipcia.

El escritor pensaba que, cuando ella se enfadaba, utilizaba unos símiles muy poco originales.

—De acuerdo —murmuró—. Soy una momia.

Se pararon a esperar que cambiara el semáforo. El estaba de pie en el bordillo con una sonrisa tan triste y un gesto de resignación tan absoluto, paciente y total, que la mujer ahogó un grito y salió disparada con sus zapatos de tacón alto. El escritor tuvo que dar unos pasos apresurados para alcanzarla.

—Has cambiado —prosiguió ella—. Ya no te importo nada. Si alguna vez sentiste algo, ya no. Cuando me miras, es como si no me vieras. Para ti no existo.

—Ya sabes que sí.

—Ahora mismo te gustaría estar en otro sitio. Cuando me pongo antipática no te gusto nada. Te parezco ordinaria. Pues muy bien, soy ordinaria, soy muy ordinaria para tus refinados sentidos. ¿No es una lástima? ¿Te has creído que el mundo empieza y termina en ti?

—No.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué estás tan enfadada? ¿Es porque te parece que esta noche no te he prestado la debida atención? Pues lo siento, no me di cuenta. Yo te quiero.

—Oh, tú me quieres. Claro que me quieres —dijo la mujer, con tanto sarcasmo en la voz que parecía que iba a echarse a llorar—. Tal vez me gustara creerlo, pero ya no me hago ilusiones. —La figura de ella se inclinaba hacia él mientras caminaban—. Te diré una cosa —prosiguió con amargura—: tú haces más daño a la gente que el más cruel de los seres de este mundo. ¿Y sabes por qué? Voy a decírtelo. Porque no sientes nada y finges que sientes. —Se daba cuenta de que él no la escuchaba y le preguntó, frenética—: ¿En qué estás pensado ahora?

—En nada. Te escucho y me duele que estés tan disgustada.

Lo cierto era que el escritor estaba violento. Acababa de ocurrírsele una idea y quería anotarla cuanto antes en el cuadernito, porque sabía que si no sacaba del bolsillo del chaleco el cuadernito y la escribía, lo más seguro era que se le olvidase. Probó a repetir mentalmente la idea varias veces, para grabarla en la memoria; pero el sistema no le ofrecía muchas garantías.

—Estoy disgustada —decía la mujer—. Claro que lo estoy. Sólo una momia no se disgusta. Sólo una momia puede ser siempre razonable y educada. Porque las momias carecen de sentimientos. —Si no estuvieran andando tan de prisa, habría dado una patada en el suelo—. ¿En qué piensas?

—No tiene importancia —contestó él.

Pensaba que si sacaba del bolsillo el cuadernito y lo sostenía en la palma de la mano, quizá pudiera escribir mientras andaban. A lo mejor, ella ni se daba cuenta.

Pero resultaba muy difícil. Tuvo que pararse debajo de un farol. Movía rápidamente el lápiz, con nerviosa caligrafía elíptica, sintiendo a su lado la presión de la presencia de ella. *Clima emotivo enrarecido por cuadernito*, escribió. *Joven escritor, novia. Escritor acusado de ser espectador, no actor de la vida. Concibe idea que tiene que anotar. Lo hace así y con ello provoca la ruptura. Ella termina sus relaciones.*

—Acabas de tener una idea —murmuró la joven.

—Mmmm —respondió él.

—Ese cuadernito. Sabía que sacarías el cuadernito. —Ella se echó a llorar—. Tú no eres más que un cuaderno —gritó.

Y se alejó corriendo calle abajo, acompañada del alegre repiqueteo de sus tacones, que era como una burla de su pena.

—No, espera —gritó él—. Espera. Te lo explicaré.

Se le ocurrió al escritor que, si llegaba a hacer la viñeta, podría modificar el matiz. Quizá la gracia estuviera en que él sacara el cuadernito porque comprendía que ésta sería la mejor forma de terminar aquellas relaciones. Una idea sugestiva.

De repente, se le ocurrió también que quizá fuera esto precisamente lo que había hecho. ¿Deseaba terminar con su novia? Lo meditó, ufanándose de que no ocultase a sí mismo motivo alguno, por desagradable que fuera.

En cierto modo, esto no parecía verdad. A él le gustaba aquella mujer, le gustaba mucho y no quería que sus relaciones acabaran todavía. Con cierta sorpresa, advirtió que ella estaba ya casi a un bloque de distancia.

—No, espera —gritó—. Te lo explicaré, te prometo que te lo voy a explicar.

Y, al correr, el cuadernito le golpeaba suavemente el pecho, cachorrillo juguetón, siempre fiel y afectuoso.



TRES CUENTOS NO ELEGANTES

En el prefacio a sus cuentos escogidos, el siempre ambicioso Norman Mailer se disculpó con un "se ha comentado que las narraciones cortas de este autor no son ni espléndidas, ni inolvidables, ni elegantes, y desde aquí yo me apresuro a mostrarme de acuerdo". Afirmación que sólo puede permitirse, claro, aquel que está seguro de todo lo contrario mientras persigue, una y otra vez, el espectro de la Gran Novela Americana.

ESO

Estábamos atravesando la alambrada, cuando empezó a disparar una ametralladora. Seguí andando hasta que vi mi cabeza en el suelo.

—Dios mío, estoy muerto —dijo mi cabeza.

Y mi cuerpo se desplomó.

LA NOVELA MAS CORTA DE TODAS

Al principio, ella pensaba que podría matarlo en tres días.

Casi lo consigue. El corazón del hombre estuvo a punto de sucumbir ante sus cumplidos.

Luego, ella pensó que tardaría tres semanas. Pero él sobrevivió.

Ella revisó entonces sus tablas y calculó tres meses. Al cabo de tres años, él seguía vivo. De modo que se casaron.

De eso hace ya treinta años. La gente habla de ellos con afecto. Se les considera el matrimonio más feliz de la ciudad.

Lo malo es que se les mueren todos los hijos.



Juegos

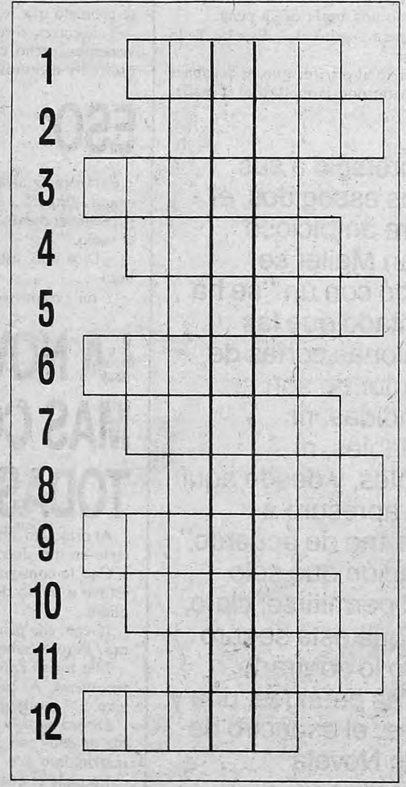
Sopas de letras

► Localice en la SOPA 29 nombres relacionados con un automóvil.

M	C	F	A	R	O	S	D	T	E	C	H	O	X	D	R	O	D	E	C	E	L	L	E	B	M	E	R	T	Y	G
S	A	O	A	S	D	F	R	O	T	O	M	P	A	R	A	B	R	I	S	A	S	D	F	G	H	F	S	D	A	L
R	L	T	I	X	A	N	T	E	N	A	S	A	S	D	F	G	R	T	Y	H	F	S	A	D	E	U	R	S	D	X
E	T	O	R	S	D	F	E	I	E	D	F	C	F	B	V	E	N	T	I	L	A	D	O	R	S	D	O	E	C	V
T	E	L	E	I	S	D	F	G	T	X	S	A	S	I	R	B	A	R	A	P	A	I	P	M	I	L	D	S	N	Y
R	R	I	T	D	C	A	S	D	I	S	D	A	S	E	L	T	C	V	S	E	D	A	S	U	I	J	A	S	D	O
O	N	P	A	S	D	U	X	A	M	S	D	F	C	A	R	T	E	R	S	D	A	C	V	N	S	D	R	X	C	C
V	A	U	B	S	D	F	L	E	R	X	A	L	A	T	S	I	R	C	V	B	N	M	A	S	E	R	U	S	D	L
I	D	E	S	G	H	E	X	A	E	D	F	Y	U	P	O	J	F	O	S	D	T	E	V	B	S	R	B	S	D	E
S	O	R	D	F	R	C	X	S	T	A	P	A	C	U	B	O	S	D	F	T	H	J	S	R	D	F	R	S	D	D
O	R	T	V	O	A	S	D	F	N	E	R	A	S	K	L	U	S	S	E	U	Q	O	H	C	A	R	A	P	S	D
R	S	A	N	S	D	R	A	D	I	A	D	O	R	S	D	F	G	H	O	T	I	S	O	P	E	D	C	V	B	H

De cine

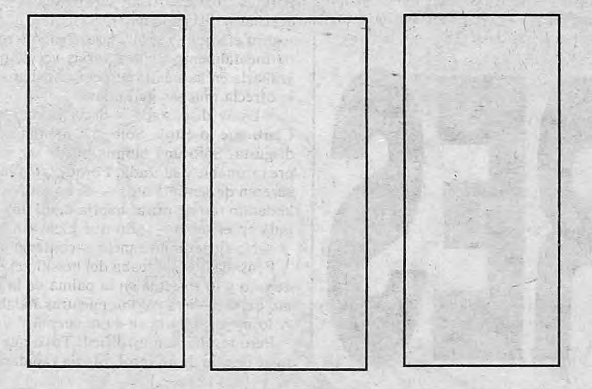
► Una vez resueltas las definiciones, en la columna central aparecerá el nombre de un actor protagonista de films como "Margarita Gautier" (1936) o "El puente de Waterloo" (1940).



1. Cerco que forman varias personas para divertirse. 2. Punto fundamental de una doctrina religiosa o filosófica. 3. Música y baile brasileños. 4. Membrana de los peces. 5. Alarido. 6. Pilar o puntal. 7. Establecimiento de hostelería. 8. Medida de longitud, cuarta parte de la vaca. 9. Nombre de una cantante solista, ex componente del grupo "Mocedades". 10. Camino entre dos filas de casas o edificios. 11. Soplido. 12. Mujer que ha tenido hijos.

¿Sabría usted colocarlas?

Las tres siluetas del dibujo corresponden a tres cartas de la baraja española. Sabemos que estas tres cartas son: un as, un dos y un tres. Sabemos también que los palos son: oros, copas y espadas.



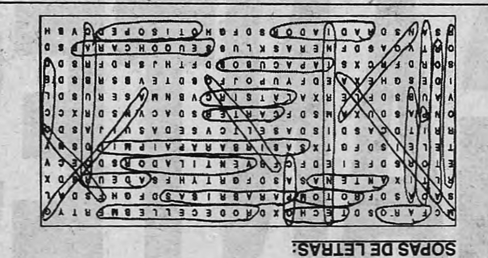
Las copas están entre el dos y los oros.
El tres está a la derecha de las espadas.
Con estos datos y su probada habilidad, ya puede usted colocar cada carta en su sitio.

Solución

DE CINE:

1 CORRO
2 DOGMA
3 SAMBA
4 ALETA
5 GRITO
6 POSTE
7 HOTEL
8 PALMO
9 AMAYA
10 CALLE
11 SOPLO
12 MADRE

SOPAS DE LETRAS:



¿SABRIA USTED COLOCARLAS?

Dos de espadas, as de copas y tres de oros.